Cinco claves para la lectura de la filosofía de Gabriel Marcel

Roberto Jaramillo B., S. J. *

RESUMEN

El propósito del presente artículo es señalar cinco características fundamentales del pensamiento de Gabriel Marcel, a la manera de presupuestos o claves introductorias para una mejor comprensión de sus obras. Dichas características son las siguientes:

- Una filosofía basada en la experiencia personal.
- La esencia dramática y "musical" de su pensamiento.
- Un discurso asistemático.
- Una reflexión que asume valientemente la dimensión metafísica y religiosa.
- Una filosofía concreta.

Constituye, por ello, un trabajo simplemente introductorio a la obra del filósofo francés y orientado exclusivamente a determinar el tono específico de su pensamiento.

La Experiencia personal: substrato de la filosofía de Marcel

Según Marcel, la experiencia del filosofar nace de una insatisfacción fundamental. Mientras que el hombre de ciencia puede cambiar de objeto porque

^(*) Universidad Javeriana.

trabaja con "el mundo", el filósofo de la existencia trata de reconocer "su mundo" y sobre él vive preguntándose constantemente; vive insatisfecho porque nunca puede abarcarlo en su totalidad, es un *Homo Viator* (1).

Cuando en 1949 y 1950 le pidieron a Marcel, de parte de la Universidad de Aberdeen (Escocia), que participara como expositor en sus aulas, cuenta él mismo en el inicio de su libro *El Misterio del Ser*, que experimentó un "verdadero problema" al verse incitado a tener que presentar en forma sistemática lo que para él había permanecido siempre en el ámbito de la búsqueda.

Y es esta última expresión, búsqueda, la que caracteriza como ninguna otra el proceso filosófico de nuestro autor. Búsqueda cualificada y calificada, a la vez, por la exigencia filosófica de que ésta sea eminentemente personal.

En la experiencia del filosofar ningún otro puede ponerse en mi lugar. La sabiduría no es lo mismo que la simple erudición y la reflexión se ejerce únicamente a propósito de aquello que para mí es valioso, permaneciendo así estrechamente articulada con lo vivido. Para Marcel es supremamente importante discernir y conocer la naturaleza de esa articulación y allí radica el propósito de su filosofía, que se presenta, al igual que la existencia, como un "llamado", como una verdadera vocación, y nunca como un encargo o un simple pasatiempo.

Ahora bien, al decir "personal" no pretendo significar lo mismo que los términos "personalista" o "individualista". Todo estos "... istas" abstraen de tal manera al sujeto que actúa que terminan convirtiéndolo, concibiéndolo y definiéndolo en el plano de un nuevo idealismo.

De igual forma, hay que aclarar que no se pretende afirmar tampoco que Marcel desconozca todo tipo de conocimiento científico, llegado a convertir todo en misterioso o destruyendo sistemáticamente todo lo que de alguna manera le suene a idealismo. No, lo que se intenta es afirmar que, para poder comprender la reflexión filosófica de nuestro autor, es necesario situarse desde otra perspectiva; no ya la del conocimiento científico, que nace fundamentalmente de la curiosidad y define y resuelve problemas superándolos, sino en la perspectiva del conocimiento artístico, mucho más conforme con el inicio de la Filosofía en Grecia y que nace esencialmente de la actitud respetuosa y admirativa ante la realidad que nos excede. Se trata de una forma de preguntar tal que el sujeto que hace la pregunta está incluido en ella. Así, resulta que la reflexión filosófica siempre nos aclara algo de nosotros mismos.

La dinámica propia de la investigación que realiza Marcel no es la que tiende a un hacer o "deber ser" necesariamente determinado y reproducible por

 [&]quot;Hombre itinerante". Este es el título de una de sus principales obras. Véase MARCEL, Gabriel: Prolegómenos para una metafísica de la esperanza (Homo Viator), Buenos Aires, Nova, 1954.

medio de ciertos pasos o exigencias. Ella tiene un carácter de agitación o alteración similar a la del hombre afiebrado que busca una posición cómoda en su lecho, o a la del músico que, escuchando una y otra vez su composición, siente la necesidad de superar cierta disonancia; "una búsqueda como ésta debe considerarse como el conjunto de movimientos por medio de los cuales puedo pasar de una situación fundamentalmente discordante —en la que llegaré a decir que estoy en guerra conmigo mismo— a una situación diferente en la que cierta espectación se cumple" (2); y esa es, fundamentalmente, la dinámica propia del filosofar de Marcel y de todo auténtico filosofar, según él.

Es de ese carácter fundamental de ser una experiencia eminentemente personal de donde le viene a la Filosofía de Marcel su dimensión dialógica. El diálogo, secreto profundo de las relaciones interpersonales, siempre queda abierto, deja espacios por recorrer, suscita automáticamente nuevas cuestiones, nace y permanece sumergido en un pozo profundo que impide cualquier fontal o definitiva racionalización o conceptualización: la vida misma!

Ese carácter propio de su filosofía, bien lo expresa Marcel en el prefacio al libro *El Misterio del Ser*, al decir que:

"Es propósito del autor mantener ese carácter que podríamos llamar 'hablado'. Considera que de ese modo se destaca mejor, no sólo el carácter de búsqueda que distingue a la obra, sino también y más especialmente, el hecho de dirigirse, no a una inteligencia abstracta y anónima, sino a seres individuales en los que trata de despertar cierta vía profunda de reflexión por medio de una verdadera anámnesis en el sentido socrático de la palabra" (3).

Así las cosas, aquel que se decide a hacer filosofía de la existencia se expone ante el peligro de hablar de experiencias que viven sin duda en el lugar del nacimiento de sus reflexiones, pero que no puede renovar a voluntad ni en él mismo ni en los demás.

2. Esencia dramática y musical de su pensamiento

Para entender el pensamiento de Gabriel Marcel, es necesario no perder de vista lo que él mismo define como "la esencia dramática o musical" de sus meditaciones: "... creo que todo aquel que se acerque a mi obra tendrá que concebir el drama en función de la música y la filosofía en función del drama, lo que implica un cambio completo de las perspectivas tradicionales" (4).

Esas dos notas confieren a su obra una particular dificultad por el carácter huidizo de su reflexión y sus conceptualizaciones. Leer a Gabriel Marcel es

^{2.} MARCEL, Gabriel: El misterio del Ser, Buenos Aires, Suramericana, 1964, p. 19.

^{3.} Ibidem, p. 9.

^{4.} GALLAGHER, Kenneth: La Filosofía de Gabriel Marcel, Madrid, Razón y Fe, 1968, p. 17.

como intentar estrechar el agua entre las manos: cuanto más se le apriete para poseerla, con mayor facilidad corre por sus cauces naturales. Y a pesar de que su pensamiento sea huidizo, nadie pone en duda su vitalidad. La única manera de poseerlo es dejándose poseer primero por él. Es algo así como la experiencia de aquel que se sumerge en un estanque o en el mar: en ese momento sólo queda la contemplación, reconocerse invadido sin poder llegar a manejar la realidad envolvente.

La realidad, tras de la cual va Marcel en su intento filosófico, se nos ofrece sólo en la medida en que nos abramos creativamente a ella, de la misma manera que le ocurre al deportista, al religioso o al artista, que si no se dejan poseer por su intención (aquello a lo que naturalmente tienden) será muy difícil que algún día lleguen a poseerla. Se domina la música en la medida en que el ejecutante se deje primero dominar por la pieza: esa es la experiencia de que nos hablan los grandes compositores o poetas. Son mundos que se revelan sólo a quien cumple determinadas condiciones. De ahí que quien no reviva, de alguna manera, la tensión dramática que recorre la filosofía de Marcel nunca podrá entender ni su lenguaje, ni su pensamiento.

La mejor manera de entender el trabajo filosófico de Marcel es compararlo con un trabajo musical en que el oyente simplemente escucha varios movimientos separados y dentro de ellos diversos temas, muchas veces recurrentes; temas y movimientos que van conformando, paulatinamente, tento la textura como la melodía de una obra.

De igual forma, en el discurso de Marcel no hay tanto proposiciones lógicas o dialécticamente concatenadas, sino formas recurrentes de pensamiento, melodías ideológicas, temas una y otra vez aludidos, movimientos que van marcando poco a poco el desarrollo de un trabajo con verdadera "esencia musical".

Ese carácter de que venimos hablando es, además, el que permite leer las obras de Marcel como un "discurso abierto" sobre el que se han hecho, y pueden seguirse haciendo, una infinidad de variaciones que, en un momento determinado, un solo individuo no puede representar simultáneamente. Resuenan diversos armónicos en el oído de diversos melómanos. De la misma manera en que la experiencia personal es el substrato de la filosofía de Gabriel Marcel, la reflexión filosófica es una experiencia singular y personal.

Ahora bien, para Marcel el "lenguaje del mercado" es el único que transparenta la realidad profunda del hombre. Al hablar de "lenguaje del mercado" no pretendo significar el lenguaje vulgar en el sentido negativo de la palabra, sino designar las expresiones y las palabras que usualmente sirven para una normal relación interpersonal y que encierran siempre algún tipo de implicación afectiva entre los interlocutores.

La experiencia cotidiana muestra con evidencia que este tipo de lenguaje utiliza frecuentemente el recurso comparativo en la medida en que trata de definir algo. De la misma manera, el método en la filosofía de la existencia implica el ejemplo, no como un recurso meramente auxiliar sino como un procedimiento esencial: "el ejemplo no sólo ilustra una idea perfectamente constituida", dice Marcel; "la idea es una especie de semilla que debemos plantar en el terreno favorable del ejemplo para saber verdaderamente lo que es; de antemano no podría predecirse su desarrollo" (5). En el acto mismo de pensar se descubre tanto el contenido como la forma que ese contenido reclama.

Evidentemente, habrá quienes no estén de acuerdo al escuchar que se pretende trabajar con el llamado "lenguaje del mercado" o lenguaje popular. Personalmente creo no apartarme en lo más mínimo del pensamiento que logro discernir en los escritos de Gabriel Marcel, al afirmar que es precisamente allí, en el mercado, en el intercambio o comercio interpersonal, en donde emerge más claramente la realidad que buscamos y en donde se la experimenta viva.

Con todo, el trabajo de Marcel no puede ser considerado en ningún momento como irracional. Una concepción de ese tipo indica que aquel que pretende sustentarla tiene una idea netamente degradada y reducida de lo que es la razón. El discurso de la existencia hay que situarlo más allá (o más acá) del puro pensar objetivizante que divide la realidad —¡como si ella se dejara dividir!— entre un puro sujeto epistemológico que conoce y una externa y neutra realidad que es aprehendida.

Según Marcel, hay que establecer con absoluta claridad la diferencia entre las "verdades particulares" con que trabajan las ciencias, y que han invadido abusivamente el registro metafísico haciendo creer que allí se pueden coleccionar llegando a construir un todo que a algunos se les aparece como "la verdad", y el "Espíritu de Verdad" que refiere constantemente a aquello que él llama "Verdad en general".

Este "Espíritu de Verdad" no se deja reducir a lo que generalmente llamamos inteligencia o razón, en la medida en que también ellas tienden a separarse de lo real. "El espíritu de verdad se encarna esencialmente en el acto por el cual se pone fin al juego que en todas las circunstancias me es posible jugar conmigo mismo y cuyo motivo es siempre una cierta complacencia" (6). El "Espíritu de Verdad" sólo está presente allí en donde el yo se juega en el propio preguntar.

^{5.} MARCEL, Gabriel: El Misterio del Ser, p. 103.

MARCEL, Gabriel: Prolegómenos para una metafísica de la esperanza (Homo Viator), p. 151.

Se trata, pues, de un conocimiento íntimo y esencialmente personal que tiene, como substrato y tarea a la vez, la experiencia del sujeto concreto que se pregunta; experiencia que tiene siempre un carácter "dramático y musical" y que es una cantera inagotable de la búsqueda de la verdad, sólo a condición de que no se le fraccione, no se le clasifique, no se le objetivice, sino que se le respete su unidad existencial, acercándose a ella con la "reverencia" que implica el "Espíritu de Verdad".

3. Discurso asistemático

Al leer los escritos de Marcel, el lector se da inmediatamente cuenta de la asistematicidad que recorre sus elaboraciones filosóficas de principio a fin. Asistematicidad que, como ya se insinuó, no es un fruto gratuito de su capricho, sino una exigencia profunda de su itinerario intelectual.

En el prólogo al *Homo Viator*, reconoce Marcel haber querido alguna vez componer un tratado de carácter más sistemático. Parece que su *Diario Meta-físico* constituía una cantera prevista para tal efecto. Sin embargo, nunca lo escribió; nunca lo intentó, a pesar de que conservó siempre lo que él mismo llama una "melancolía o nostalgia de lo sistemático".

El siguiente párrafo, extraido de una de sus obras, nos da una clara idea del proceso desatado en el autor, las expectativas que surgían en el camino y las opciones tomadas:

"... Es evidente, por ejemplo, que, si mi ambición es construir un sistema nocional cuyos elementos estén ligados por una concatenación dialéctica lo más rigurosa posible, me corresponde buscar un principio que sea lógicamente indudable; en otros términos, un principio que no pueda ser puesto en duda sin contradicción.

De hecho, a medida que mi esfuerzo filosófico tomaba más netamente conciencia de sí mismo, se me reveleba que no era hacia una sistematización de esa clase hacia donde tendía —y eso a pesar de que inicialmente las construcciones de la filosofía postkantiana habían ejercido sobre mi un extraordinario ascendiente. Pero, al mismo tiempo, un problema me atormentaba sin cesar: ¿cómo llegar a integrar efectivamente, en un sistema inteligible, mi experiencia en cuanto mía, con los caracteres que presenta hic et nunc, con sus singularidades y también con sus deficiencias —esas deficiencias que en parte la hacen ser lo que es? A medida que mi reflexión se concentraba sobre este problema, constataba, con más claridad, que esta integración no podía ser ni realizada, ni siquiera seriamente intentada. A partir de ahí me vi conducido, por una parte, a abrir en el fondo de mí mismo un verdadero proceso en el que se ponía en tela de juicio el valor, no ideal, sino real, metafísico, de la idea de sistema inteligible; por otra parte, y correlativamente, a interrogarme cada vez más ansiosamente sobre la estructura íntima de la experiencia, de mi experiencia mirada no solamente en su contenido sino en su cualidad, en su ser de experiencia. Desde entonces toda la orientación de mi investigación filosófica quedó profundamente modificada. El trabajo que al·principio había podido presentárseme como mero andamiaje destinado a permitir elevar un edificio determinado, asumía a mis ojos un valor, una importancia intrínseca. Ya no se trataba tanto de edificar como de excavar; sí, para mí la actividad filosófica central se definía más como un horadamiento que como una construcción. Cuando más trataba de profundizar *mi experiencia*, de descubrir el sentido tan secreto de esas dos palabras, más inaceptable me parecía la idea de un cuerpo de pensamiento que fuese mi sistema; la pretensión de encapsular el universo en un conjunto de fórmulas más o menos rigurosamente ligadas entre sí me resultaba ridícula ..." (7).

El párrafo anterior es una preciosa síntesis de lo dicho hasta ese momento: la filosofía como una búsqueda eminentemente personal, la importancia de profundizar en la propia experiencia para poder asumir razonablemente la existencia y la esencia dramática de la investigación filosófica de Gabriel Marcel.

Ahora bien, para Marcel sistematizar implica absolutizar la visión del filósofo, mientras que lo real no se deja englobar en una única mirada; sistematizar supone "problematizar" el objeto que se investiga, en tanto que el Ser no se deja reducir a un objeto manipulable, so pena de nunca llegar a saber qué o quién es el que pregunta; sistematizar es verse forzado a conceptualizar, mientras que el pensamiento netamente metafísico nace no del espíritu constructor de los que suelen abstraer conceptos y categorías, sino en medio de una lucha apasionada por reasumir la vida que se nos presenta siempre como una experiencia desbordante, ante la cual todo concepto resulta ser un recipiente imperfecto e inadecuado.

Por eso, para recorrer el camino que lleva al Ser, Marcel se sitúa lejos del método clásico de alejarse lo más asépticamente posible de toda clase de experiencias particulares y/o individuales para poder llegar así a la unidad. Según él, "cuanto más capaces somos de reconocer el ser individual como tal, más nos orientamos y dirigimos hacia la aprehensión del ser en cuanto ser" (8). Existe un punto de saturación de la singularidad, en el que todo aquel que reconozca que es vive en los dominios del Ser y mi cuerpo constituye el lugar fundamental de ese encuentro.

Por eso podemos afirmar que el pensamiento de Gabriel Marcel no es tanto de orden lógico cuanto ontológico, que su filosofía es un intento de detectar los temas centrales de una melodía sin perder la armonía del conjunto, que hacer filosofía de la existencia es poner a vibrar al unísono el tono de la propia experiencia y el tono de la profundidad ontológica.

^{7.} MARCEL, Gabriel: *Du refus a l'invocation*. Citado por Joaquín Adúriz en *Gabriel Marcel, el existencialismo de la esperanza*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1949, pp. 15-16.

^{8.} MARCEL, Gabriel: Du refus a l'invocation. Citado por K. Gallagher: op. cit., p. 124.

Ahora bien, generalmente la especificidad de un objeto a estudiar exige determinado método para acercarse y comprenderlo, de tal manera que éste se cualifica según lo que trate de comprender y, a la vez, él califica la realidad estudiada; y si, por lo tanto, no todo método es indistinto, habremos de hacer el esfuerzo de mantenermos aquí en el campo metodológico que Marcel considera más adecuado para acercarse a un tema: la fenomenología enmarcada dentro de un horizonte metafísico.

La preocupación de Marcel no es, primariamente, la de preguntar por un orden supremo y absoluto. Parte en sus investigaciones de la evidencia de que yo pronuncio juicios de existencia y me pregunto si hay un sentido con referencia al cual estos juicios adquieran valor, puedan disponerse y organizarse. La fenomenología no pretende otra cosa que despejar todas las implicaciones que tiene la experiencia concreta, sin querer substituir esa experiencia por esquemas abstractos, anteriores o alejados de ella.

La filosofía de la existencia está dirigida ciertamente hacia el contacto con lo metaproblemático, pero ese contacto es buscado en un registro de nuestro conocer situado mucho más acá del pensar objetivizante. Por eso, al filósofo de la existencia la única vía que le queda abierta para avanzar "... es la explotación de los datos elementales mediante una descripción de su superficie, que manifieste los puntos de referencia que deben servir de guía, y una perforación en su subsuelo que descubra los supuestos ontológicos que yacen bajo lo aparente" (9).

Por eso el intento de Marcel se puede resumir como un discreto (discernido) esfuerzo por no reducir la realidad a los límites marcados por el racionalismo epistemológico, ya sea trascendentalista o empirista, que atraviesa la historia de la filosofía haciéndose más y más virulento en la modernidad. Es una decidida disposición de recuperar la densidad existencial para así reconocer la propia intimidad que participa en el ser.

La unidad de su pensamiento no brota de una tesis clave o de una línea metafísica subvacente, sino de la inexpresable e indeterminable continuidad de los diversos momentos que constituyen la experiencia toda de lo humano, porque "en la metafísica real, las nociones van cargadas con el polvo y la sangre que indefectiblemente mancha nuestras situaciones reales de hombre: nuestros amores y nuestros deseos, nuestros temores y nuestras angustias, nuestras ignorancias y nuestras conquistas" (10).

4. Dimensión Metafísica y Religiosa

Según Marcel, el misterio ontológico sólo se deja ver bajo la condición de que

^{9.} ADURIZ, Joaquín: op. cit., p. 42.

^{10.} Ibidem, p. 38.

se le sitúe mucho más acá de las distinciones científicas entre lo "vital" y lo "espiritual". Se deja descubrir sólo si se toma el ser en su unidad más comprensiva. Por eso me parece importante aclarar, antes de seguir adelante, que si bien la filosofía de la existencia no intenta tematizar en primer lugar el objeto de la metafísica, ese es el marco de referencia en que constantemente ella ha de desenvolverse.

Marcel, al empezar a recorrer su camino filosófico, sabe que no es propiamente el camino de la novedad; tiene conciencia de que en la investigación metafísica el fin es el comienzo. Por eso, más que en un sucesivo aparecer de cosas nuevas, su trabajo consiste en horadar hasta llegar a la profundidad de lo que es desde siempre. En metafísica todo lo por conocer es, hasta cierto punto, va conocido; y de ahí que opte por un método fundamentalmente fenomenológico. Al no ser su filosofía una búsqueda desesperada de raros objetos, sino la pregunta por las últimas implicaciones de la experiencia de ser, si podemos alcanzar en ella lo trascendente, es porque de alguna manera lo trascendente está ya presente en nuestra humana experiencia.

Ahora bien, si es cierto que la base metaproblemática del inquirir de Marcel es indemostrable por situarse más acá del ámbito de lo meramente objetificable, no por ser indemostrable abstractamente hablando se ha de concluir que sea filosóficamente insostenible, so pena de considerar la filosofía como un mero ejercicio lingüístico-especulativo. Es verdad que ninguna dialéctica nos conduce a un término ontológico necesariamente definido; pero podemos conocerlo inteligentemente mediante un reconocimiento que revele su anónima presencia, reconocimiento inmediato, pero oscuro, que permite no mutilar la plenitud de la condición humana: la existencia encarnada.

De ahí que Marcel haga metafísica a partir de temas no tradicionales, tales como el Amor, la Esperanza, la Fidelidad, la Corporalidad, la Humildad, etc., y nunca al modo de los grandes sistemas de la metafísica clásica que llegan a aprehender el ser tratando de definirlo mediante conceptos. Para Marcel el lenguaje ha sido uno de los más preciados instrumentos de objetificación de la realidad, dejándose objetificar él mismo; por eso en la metafísica tradicional se cuenta con el peligro de dejar secar las raíces trascedentes de la experiencia al tratar de decir lo que es.

Con todo, hay que dejar muy en claro que Marcel no pretende, en ningún momento, descalificar o degradar las fórmulas por siempre utilizadas, sino redescubrir para ellas su sentido. El sabe que sólo podemos llegar a ser filosóficamente conscientes de una intelección "encarnándola" en palabras. Pero lo importante está en que ese proceso de encarnación sea constituido mediante una serie de actos de reconocimiento en los que las dimensiones trascendentes sean experimentadas inteligentemente por la persona.

Por otra parte, podemos afirmar que la preocupación central de la inquietud

filosófica de Marcel lo llevó a horadar de tal manera en la realidad, que en su profundidad llegó a encontrar el misterio religioso: "Yo no puedo de ningún modo seguir admitiendo la idea de un más allá de la verdad (...) Este margen entre la verdad y el ser se colma en cierta manera por sí mismo desde el momento en que se ha experimentado por sí mismo la presencia de Dios, y entonces son las verdades parciales las que cesan, a los ojos de la fe, de merecer su nombre" (11).

Para Marcel, el vínculo que conecta esas dos realidades o modos de acercarse al enigma metafísico, no es netamente discernible, de la misma manera que no es claramente determinable el "punto diferencia" cuando caminamos por entre la oscuridad hacia un farol encendido. El intento fenómenoontológico consiste precisamente "en saber si existe realmente una frontera específica entre la metafísica y el misticismo" (12), dice él.

Algunos objetarán que es relativamente fácil distinguir entre esas dos formas de acercarse a lo real, según sus manifestaciones externas o, incluso, en sus motivaciones: mientras la filosofía intenta proceder mediante la reflexión humana y la búsqueda personal, la religión se funda en la tradición, en la revelación y en la experiencia personal y comunitaria (al menos en el caso del Cristianismo). Sin embargo, existe un registro en que la diferencia no es tan evidente: la experiencia que puede ser filosófica y religiosa a la vez, cantera inagotable tanto del filósofo como del músico.

Con todo, hay que dejar muy en claro que Marcel no es un teólogo sino un filósofo que ha percibido claramente esa relación y, sin miedo, se lanza a reflexionar en una búsqueda conjunta de lo Absoluto y lo personal. Se puede afirmar, incluso, que su conversión religiosa fue fruto de un intenso y profundo trabajo filosófico a partir de su propia experiencia.

5. La Filosofía Concreta

Lo concreto, como calificativo de la filosofía de Marcel, nos ofrece dos posibilidades de interpretación diferentes.

En primer lugar, podemos afirmar que el trabajo de Marcel es filosofía concreta en la medida en que su análisis fenomenológico parte de los datos originales que nos ofrece la experiencia cotidiana. Si bien la abstracción es una operación legítima de la mente en búsqueda de fines objetivados y definidos, al querer hacer filosofía de la existencia es necesario superarla en todas sus formas, pues la realidad, en medio de sus múltiples determinaciones, permanece siendo una. De ahí que el concepto necesite ser constantemente rellenado

^{11.} MARCEL, Gabriel: Diario Metafísico, Madrid, Guadarrama, 1969, p. 28.

^{12.} MARCEL, Gabriel: Du refus a l'invocation. Citado por K. Gallagher: op. cit., p. 20.

por lo concreto. Y lo concreto del concepto es lo que denomina Marcel "noción".

Sin embargo, tampoco se puede llegar a afirmar que lo concreto de la filosofía de Marcel —en este primer sentido mencionado— sea lo meramente extenso. Sus temas concretos predilectos son el Amor, la Fidelidad, la Esperanza y la Corporalidad. No se trata, pues, de una mera equiparación con un empirismo o naturalismo puros. La existencia humana nunca se deja reducir a meras determinaciones espacio-temporales. El hombre es "unidad" en medio de su esencialidad finita, y allí es donde él mismo se puede reconocer y encontrar como presencia del Uno Singular-Absoluto que es el-Ser mismo: lo supremamente Concreto.

En este punto ya estamos pisando el umbral del segundo sentido de lo Concreto en la filosofía de Gabriel Marcel. En el momento en que el hombre se reconoce y se piensa como uno, indivisible e irreductible a otro ser, por las diferentes determinaciones que lo componen como un "yo", y se capta, además, en una relación participativa con el Tú-Absoluto —relación que nunca es inmediata y precisamente dada—, lo Concreto se gana en el ámbito de la propia profundidad. Ya no se trata simplemente del punto de partida del pensamiento, sino de una ganancia, de un dinamismo, de un horizonte, no de una mera inmediatez.

Lo Concreto exige ser reconocido y saludado como suprema profundidad ontológica, profundidad que, si bien no es reductible a lo meramente narrativo o a lo abstracto, tampoco permite ser confundida linealmente con lo simplemente futuro o por venir:

"La novedad del futuro puede interpretarse todo lo atrayente que se quiera, pero no es profunda en la medida en que es totalmente nueva. Pareciera que misteriosamente la dimensión de profundidad sólo interviene cuando el futuro concuerda con el pasado más lejano. Diremos, aunque pueda parecer oscuro, que el pasado y el futuro se encuentran en el seno de la profundidad, se integran en una zona de Presente, un Aquí absoluto por oposición al aquí contingente" (13).

Es algo así como un Aquí en el que el tiempo no tuviera ninguna función: zona profunda, zona de lo eterno, zona de lo trascendente, zona del Absoluto, zona de lo Concreto.

Allí lo Concreto sólo es aprehendido por un ser cuyas facultades nunca están disociadas. De ahí que el segundo y más auténtico sentido de lo Concreto sólo se deje reconocer en el ámbito de la participación inagotable en lo Inagotable ello mismo, en aquello que nunca podrá ser tratado como un objeto problemático de un conocimiento exhaustivo y total.

^{13.} MARCEL, Gabriel: El Misterio del Ser, p. 158.

De esta manera, la búsqueda de lo Concreto Inagotable, inagotable ella misma, no nos exige en ningún momento separación. Antes bien, nos sumerge en el mundo de lo concreto humano, de lo cotidiano, de lo familiar, sitio en el que nos es posible reconocernos como presencia inexpresable de lo supremamente Concreto hallado en la propia profundidad de la experiencia. Y la forma privilegiada de reconocer ese Concreto Inagotable es manifestarlo en la inagotabilidad de la propia concretez: recreándolo en la experiencia cotidiana.